

# Aún hay mucho que andar y promesas que cumplir

*Lorenzo Meyer*

## **El pasado aún pesa**

Hace 30 años se inició, inocentemente, lo que terminaría por ser el movimiento del '68. De entonces acá, la forma y el contenido del juego político en México ha cambiado y mucho. Sin embargo, las fuerzas del cambio aún tienen que librar la batalla decisiva, la que permita declarar superada la centenaria tradición antidemocrática mexicana. La guerra entre la tradición autoritaria y el empuje democrático todavía no concluye.

## **Lo que cambió**

En estas fechas, es tan natural como inevitable tomar al México de Gustavo Díaz Ordaz como punto de referencia para medir la distancia que nos separa de aquel momento en que el autoritarismo postrevolucionario llevó al extremo su capacidad y voluntad de impedir que surgieran y actuaran actores y fuerzas políticas independientes del presidencialismo todopoderoso e inapelable.

Para empezar, hoy las manifestaciones multitudinarias de descontento se suceden sin interrupción; una y otra vez toman el Zócalo capitalino o su equivalente en otras ciudades, sin temor a desembocar en el choque violento con los cuerpos formales de represión -la policía o el Ejército del '68- ni con los informales e ilegales, como los tristemente célebres "halcones" del '71.

Los partidos políticos de oposición reales han dejado de ser organizaciones sin capacidad verdadera de poder, como fue el caso del Partido Comunista Mexicano o del PAN desde su nacimiento y hasta los años ochenta. Por otra parte, la oposición que es creación del poder presidencial y no de la sociedad, al estilo PARM, aún existe pero va camino a ser un mero pie de página. Ya han arraigado en México dos grandes agrupaciones capaces de procesar y transmitir, al menos parcialmente, las demandas políticas de la sociedad. Juntos, PAN y PRD pueden obtener ya la mayoría de la votación a nivel nacional, como quedó demostrado

en las elecciones federales de 1997. Seis estados y el Distrito Federal son muestra objetiva de que la oposición partidista dejó de ser una mera posibilidad y pasó a ser una realidad.

La interminable lista de elecciones sin contenido o sin credibilidad del pasado, contrasta con las organizadas por un Instituto Federal Electoral (IFE) que ha avanzado en su independencia, y que el año pasado hizo posible la combinación de competencia real con resultados creíbles. Ciertos institutos electorales estatales, como los de Chihuahua o Zacatecas, también han dado buena cuenta de su gestión. Por su parte, el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación, pudo obligar a la terrible maquinaria caciquil yucateca de Víctor Cervera Pacheco a devolver una diputación local plurinominal al PRD y que ilegalmente le había negado. Esa decisión del TEPJF llevó a que el PRI yucateco perdiera la mayoría calificada en el Congreso, un golpe notable para cualquier caciquismo estatal.

La vieja unidad del poder centrada en una Presidencia que controla a todos los actores políticos relevantes es cosa del pasado. Al perder el partido de Estado su mayoría en la Cámara baja del Congreso federal el año pasado, se abrió la posibilidad de empezar a dar forma a un equilibrio real de poderes y a una reforma del Estado simplemente impensables en la época de Díaz Ordaz.

En los años sesenta, los medios masivos de información ni buscaban ni tenían independencia. Salvo excepciones como Política o algunos colaboradores de Siempre, la mayoría vivían bajo el control absoluto, denigrante y corruptor de la Presidencia o de los gobernadores. La forma, parcial en extremo, en que los periódicos y televisión de la época presentaron los hechos del 2 de octubre del '68, prueba lo anterior. En contraste, la prensa actual, si bien tiene problemas de calidad, muestra una pluralidad genuina; además, los medios de información externos han penetrado al país como nunca antes. Ambas cosas dan por resultado una opinión pública que hace 30 años no existía.

La gran red corporativa que por más de medio siglo fue el corazón de la coalición priísta, hizo que las organizaciones de masas o las de empresarios, la Iglesia o los colegios de profesionistas, marcharan al paso que marcaba el gran tambor presidencial. En el '68, el México organizado, de manera unánime, aplaudió a los verdugos e insultó a las víctimas. Hoy, esa vieja red corporativa -y de complicidades- está debilitada; y si bien la

independencia y la crítica no son aún las características de los sindicatos ni de los organismos empresariales, la Iglesia Católica -al menos parte de ella- ya no se comporta como el aliado incondicional del régimen, como sí fue el caso en el '68. Por otro lado, junto al antiguo México corporativo -CTM, Coparmex, CNC, CCE, etcétera- ha surgido otro, menos rico pero más genuino y vital, de organizaciones no gubernamentales y movimientos sociales independientes -Alianza Cívica y Academia Mexicana de Derechos Humanos o la Organización Campesina de la Sierra del Sur (OCSS) y la Asamblea de Barrios, por ejemplo- que hacen cada vez más real el pluralismo mexicano.

La resistencia armada de los sesenta y setenta -las guerrillas de Lucio Cabañas y Genaro Vázquez Rojas, las guerrillas urbanas de los sesenta- fueron aplastadas en una guerra sucia sin cuartel, donde se mantenía al mínimo la información al público y se maximizaba la impunidad conque se arrestaba, torturaba y ejecutaba a todos esos desaparecidos cuya presencia hoy reclama doña Rosario Ibarra de Piedra y la organización Eureka. Si hoy el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) no ha sido tratado exactamente igual, no es porque las actitudes e instintos de las autoridades civiles y militares hayan cambiado, sino porque los nuevos actores políticos y sociales -los partidos de oposición, organismos defensores de los derechos humanos, medios de difusión y gobiernos extranjeros- han elevado el costo que debe de pagar el gobierno cuando repite en Chiapas lo que hizo con los antecesores del EZLN.

Finalmente, el gran poder externo -los Estados Unidos-, que por tantos años aceptó definir al autoritarismo mexicano como democracia (le garantizaba una perfecta estabilidad anticomunista), hoy ya no identifica tanto su interés nacional en México con la permanencia del PRI en el poder. De ser el gran obstáculo al cambio, Estados Unidos está pasando a ser, aunque sin entusiasmo y con contradicciones, parte de lo que empuja a la transformación política de México.

### **La persistencia de lo antidemocrático**

Como se ve, han sido muchas y muy duras las batallas ganadas por las fuerzas democráticas mexicanas desde el '68. Sin embargo, aún no se ha derrotado al autoritarismo y sobrevive el espíritu antidemocrático que imperó en México en casi todo el siglo XX.

Es verdad que los mexicanos urbanos podemos manifestar nuestro descontento en las calles sin temor a que aparezcan el Ejército o los "halcones", pero eso mismo no ocurre en las zonas rurales. Una muestra es "Aguas Blancas", donde en 1995 la policía de Guerrero mató a sangre fría a 17 campesinos para evitar que acudieran a un acto público organizado por la oposición. También en Guerrero, la Organización Campesina de la Sierra del Sur ya ha visto caer asesinados a 32 de sus miembros y el proceso sigue. Por otro lado, los grupos paramilitares subsisten y se multiplican en Chiapas, donde actúan con la brutalidad e impunidad de siempre, pagados y entrenados justamente como los "halcones" del '71 (Reforma, 9 de julio). Las operaciones militares en Chiapas se iniciaron en enero de 1994 de una manera similar a las de Guerrero años atrás -recuérdense los cadáveres de insurgentes con las manos atadas, en Ocosingo-, y en la actualidad hay sospechas bien fundadas que algunos de los muertos en el asalto militar-policíaco del 10 de junio de este año a Chavajeval y Unión Progreso en Chiapas, o en "El Charco", en Guerrero, no cayeron en combate sino que fueron ejecutados. Las desapariciones provocadas por la acción de militares o policías en los dos últimos años suman 97 -un promedio anual similar al de los años setenta, según las cifras recopiladas por organizaciones de derechos humanos-, y nadie ha sido procesado por ello, (Reforma, 29 de julio).

Los partidos de oposición ya son entidades con fuerza, pero el PAN y el PRD están muy lejos de satisfacer las necesidades y deseos de representación de la sociedad. El PRI, por su parte, aún no deja de ser el partido de Estado que siempre ha sido, y los comicios a nivel estatal están lejos de ser el ejercicio de libertad ciudadana que deberían ser. Aunque en las últimas elecciones de Zacatecas, por ejemplo, ganó la oposición, los priístas tenían preparada la "Operación Muro 98", que no sólo incluía usar a la Secretaría General de Gobierno para inducir el voto propiciando declaraciones de líderes eclesiásticos y empresariales; sino también manipular las encuestas de salida, el conteo rápido y finalmente, en zonas donde la oposición fuera débil o donde las casillas estuvieran a más de 30 minutos de las sedes de los órganos electorales, sustituir las actas de escrutinio durante el traslado de las urnas, aunque sin dejar en ceros a la oposición para evitar sospechas (La Jornada, 10 de julio). Sólo lo copioso de la votación urbana por la oposición, frustró el fraude. En Oaxaca, se hizo público un documento donde el presidente consejero del 20 distrito electoral ofrecía al candidato a gobernador del PRI, José Murat, no entregar de

paquetería electoral en 93 comunidades donde se había detectado la existencia de fuertes simpatías por la oposición, "para así nosotros poder ganar las elecciones este 2 de agosto". Desde luego, los gobiernos locales siguen entregando en vísperas de las elecciones, material de construcción, becas y créditos (La Jornada, 21 de julio). El pasado está presente.

Es verdad que, en conjunto, la prensa ya no es el mero transmisor de las posiciones del gobierno que fue en el '68, pero a varios periódicos aún les quedan las malas costumbres. Un simple botón de muestra, lo constituye la auditoría a la Dirección de Comunicación Social del gobierno de Tabasco, que sacó a la superficie el pago hecho por esa dirección, en 1995, a la Unión de Corresponsales Nacionales de sus recibos de teléfono, electricidad o boletos de avión. La cantidad involucrada no es grande, pero suficiente para probar que están vivas las viejas relaciones prensa-gobierno (Reforma, 9 de julio). Con mi propia experiencia en 1997, puedo probar la persistencia de las presiones del gobierno sobre los noticieros de la radio.

El monopolio de Televisa -por años, la otra cara del monopolio político del PRI-, ya tiene competencia comercial, pero ésta no ha significado cambio en la parcialidad de la información política.

Lo que queda de la gran red corporativa que fue el instrumento esencial del enorme poder presidencial, sigue actuando. Los sindicatos, aunque debilitados, mantienen su tradicional sumisión al Presidente y la gran empresa sus aportes al PRI, como lo prueban las últimas informaciones sobre las contribuciones millonarias de los ex banqueros Angel Isidoro Rodríguez y Carlos Cabal Peniche, a los cofres del PRI (La Jornada, 24 y 25 de julio, Reforma, 28 y 29 de julio).

Estados Unidos ya no pareciera oponerse, por principio, al cambio político en México -la razón anticomunista ha desaparecido-, pero el gobierno norteamericano sigue siendo sostén principal del gobierno mexicano -lo demostró con el rápido y expedito respaldo económico en la crisis de 1994-1995- y, por tanto, del régimen priísta.

Washington está irritado con la corrupción, la emigración mexicana y, quizá, por el retraso en la solución del problema chiapaneco, pero no le corre prisa para que su viejo aliado, el PRI, deje el centro del escenario político.